



SERIE: LOS ESCLAVITOS DEL NUEVO MILENIO

Esta serie revela la crueldad humana en su máxima expresión. Niños vendidos como esclavos y otros para que su papá se compre una nueva esposa. Unos mueren de hambre partiendo piedra y las niñas a pedradas por ser violadas...



V PARTE Y FINAL

RECOPILACIÓN:
XINIA ROJAS CHAVARRIA

ENCADENADOS HACIA LOS JUICIOS

Los juzgados están llenos de niños y niñas que son condenados sin apenas pruebas ni acceso a un abogado, o que permanecen durante años entre rejas porque sus familias no pueden pagar fianzas abusivas. «Se les puede ver siendo conducidos fuera de los juzgados con cadenas», dice Amnistía Internacional en su informe Denegación de los Derechos Básicos de los Niños Prisioneros en Pakistán (2003).

La violencia sobre los menores, la adicción a las drogas y el sistema de represión en el que viven han creado una población infantil desquiciada. Un estudio elaborado por psiquiatras paquistaníes asegura que entre el 16% y el 22%

Pakistán por un trabajo social que comenzó con la creación de un sistema de atención médica con ambulancias y que hoy se ha convertido en la mayor ONG del país, con más de 2 000 personas trabajando en programas de erradicación de la pobreza, atención médica o tratamiento de drogadictos. Cubriendo, en definitiva, la casi inexistente política social del Estado.

Así, la Villa Edhi fue creada hace tres décadas para dar cobijo a los desheredados y hacer un trabajo social al que el Gobierno ha renunciado. Pakistán emplea cerca del 40% de su Producto Interior Bruto en Defensa y, en su obsesión por lograr armas nucleares y un Ejército que pueda competir con su secular enemigo indio, ha abandonado sus sistemas de salud pública o de educación. Problema que se ve agravado por la radicalización de un integrista islámico al que difícilmente logra poner freno el gobierno de Musharraf.



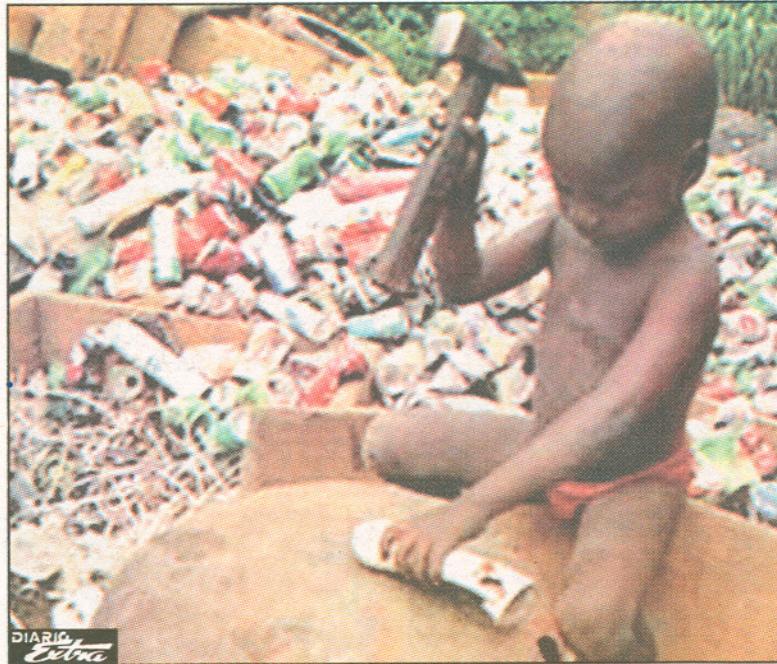
de los menores de entre tres y nueve años sufre algún retraso mental. No hay, sin embargo, un solo hospital psiquiátrico infantil en todo el país.

En Peshawar, en la provincia de la Frontera Noroeste, el único centro que admite niños está en condiciones de salubridad tan deficientes que un reciente informe asegura que los pacientes están en grave riesgo de contraer infecciones por la acumulación de basura. La Ciudad de los Niños sin Nombre y las decenas de centros que Edhi mantiene repartidos por todo el país son un mal menor.

La organización fue fundada en 1948 por Abdus Sattar Edhi, considerado un héroe nacional en

La ciudad-refugio, mantenida a duras penas con fondos privados, se ha ido deteriorando con el tiempo y sus responsables se limitan hoy a encerrar a los niños con problemas como si fueran un estorbo. «Nos hemos convertido en el vertedero de la sociedad, el lugar al que va a parar lo que mucha gente ve como las sobras», se lamenta Ghazanfar Karim, el supervisor de Villa Edhi.

Cada mes ingresan entre 50 o 60 nuevos menores, la mayoría de entre cinco y 15 años. Una vez en el centro, sus opciones de futuro son igual a cero. Cuando los internos cumplen 15 años dejan el Módulo 2 y pasan automáticamente al Módulo 3, para mayores de 15



DIARIO
Extra

¿Cuántos años le calcula a este niño? ...Sin embargo, vea con la firmeza que empuña el mazo-pico, durante su trabajo. ¿Cuánto tiempo le costó aprender a empuñarlo y saber cuando usarlo como mazo o como pico? (SEP).

Los niños esclavos también son muy apetecidos por empresas de trabajos peligrosos, pues si mueren nadie reclamará. En la foto uno de ellos en una fundición utilizando acetileno y gas sin ninguna protección para su vista ni cabeza, ni vida... (SEP).

años.

Después, en una especie de cadena perpetua, llegarán a la sección para los más mayores, a quienes se puede ver tendidos desnudos en el gran patio vallado del módulo 1. Algunos niños entraron siendo unos niños hace más de un cuarto de siglo, cuando se inauguró este lugar, y todavía siguen aquí, completamente olvidados.

«Creo que vine hace más de 15 años, ya no me acuerdo, pero no me dejan salir aunque estoy bien. ¿Podría usted hacer algo?», pregunta un interno que aparenta estar sano, de entre 20 y 25 años. «Agua, agua», repite otro a su lado, mientras los demás gritan o se pelean entre ellos.

Un psiquiatra visita a los más pequeños una vez a la semana y varios empleados se encargan de suministrar a los niños una dosis diaria de tranquilizantes, la cantidad suficiente para dejarles la mayor parte del día en estado vegetativo y apagar sus gritos por unas horas. Sólo hay 40 trabajadores en tres turnos para cuidar a más de 1 000 pacientes, de los que más de 200 son niños. Los cuidadores aseguran estar desbordados y prefieren mantener a los más conflictivos atados con cadenas durante todo el día. ¿Qué otra cosa podemos hacer? Esto tendría que ser el trabajo del Gobierno», protesta Abdul.

QUIEREN MORIR

El doctor Ahmad, un joven que llegó hace dos años recién salido de la facultad, asegura que uno de sus principales cometidos es evitar

que los niños, todos varones dentro de la política de predominancia masculina de la sociedad paquistaní, se quiten la vida. «Lo intentan de todas las maneras y a veces casi lo consiguen. Muchos se abren la cabeza tras darse golpes contra la pared. Sus peleas están motivadas sólo por el deseo de morir, no es fácil controlarlos», dice.

El fuerte rechazo cultural que existe en Pakistán hacia los niños con deficiencias mentales hace que el personal haya dejado de pensar en los internos como si fueran personas.

A medio kilómetro de los módulos para los pacientes con problemas mentales, Edhi mantiene un centro para los niños considerados normales. Las habitaciones tienen camas y no el frío cemento, alfombras y decoración. Hay salas de televisión y juegos y una escuela, los alumnos son vestidos y alimentados con mimo y, a pesar de necesitar menos ayuda, cuentan con el doble de personal para atenderlos. «Estos son niños normales, pueden oír, hablar, comunicarse, se portan bien», dice uno de los directores, sorprendido de que el periodista extranjero vea algo extraño en esa diferencia de trato. «Los otros no son...», añade buscando la palabra exacta. «...No son como personas».

El mayor drama de la Ciudad de los Niños sin Nombre es que la línea que separa a los niños sanos de los enfermos se ha hecho prácticamente inexistente en Pakistán. A menudo es difícil diferenciar entre los que nacieron con patologías psíquicas y quienes se encuentran

en un estado depresivo causado por los abusos sufridos o simplemente están asilvestrados porque no han conocido más que la calle.

NIÑOS CONDENADOS A CADENA PERPETUA

Niños declarados «agresivos» son encerrados de por vida en Villa Edhi porque nadie ha querido hacerse cargo de ellos, mientras que otros con graves problemas psiquiátricos agonizan en las cárceles condenados a cadena perpetua. La diferencia es mínima: ambos lugares se basan en regímenes de internamiento brutales y la idea de que sólo hay una puerta de entrada.

Número 134.354 parece, a simple vista, un niño normal. Debe tener entre ocho y 10 años y pasa las horas asustado, tratando de evitar a los más violentos, un objetivo casi imposible en la celda que comparte con cerca de un centenar de niños acostumbrados a utilizar la fuerza para hacerse un sitio.

Los responsables del centro creen recordar que cuando llegó todavía hablaba. «Desde hace dos años no le hemos oído decir una palabra», cuentan. En cierto modo es como si el pequeño, de tez morena y mirada triste, hubiera aceptado dejar de existir más allá de ese número que le han asignado. Un viejo armario junto a la celda guarda su ficha personal entre las del resto de internos. Edad: desconocida. Origen: desconocido. Familia: desconocida. Fecha de Ingreso: 2002. Nombre: 134.354. Fecha de Salida: (en blanco)...